"mencionados por la prensa de Francia y de Méxi-
"co, y presentados como indicando de parte del em-
"perador cierta disposición á no llenar este compro-
"miso, han tenido por efecto inevitable *crear y*
"*esparcir dudas sobre la sinceridad del emperador al*
"*contraer ese compromiso, y acerca de su fidelidad pa-*
"*ra cumplirlo.*

"Por lo mismo este departamento se ha visto
"continuamente en la necesidad aparente de pro-
"testar contra esos actos, que eran de tal naturale-
"za que debilitaban la confianza del pueblo en es-
"peranzas tan justas como bien definidas.

"El gobierno, por el contrario, espera con entera
"confianza que el compromiso del emperador será
"*literalmente cumplido*, y aun ha esperado que, fuera
"de lo pactado, se llenará con una sinceridad tal de
"intención, que *anticipará* en lugar de retardar la
"salida de las tropas francesas de México.

"Sin embargo, aguardamos hoy el principio de
"la evacuación. *Cuando esta operación se haya efec-*
"*tuado, el gobierno escuchará gustoso las sugestiones, de*
"*donde quiera que vengan, que tiendan á asegurar de*
"*nuevo el restablecimiento de la paz, de la tranquilidad*
"*y del gobierno constitucional indígena de México.*

"Pero hasta que nos sea permitido asegurarnos
"de este principio de evacuación, toda tentativa de
"negociación no tendrá más efecto que extraviar la
"opinión pública en los Estados Unidos, y hacer la
"situación de México más complicada.

"Es inutil informaros que las conjeturas á que
"se entrega una parte de la prensa acerca de las

"pretendidas relaciones entre este departamento y
"el general Santa-Ana carecen de fundamento.

W. H. SEWARD."

Inflexible continuaba siendo el gobierno americano con Napoleón y no había mengua á que no lo sometiera solo con el intento de humillarlo.

La nota anterior no solo es incorrecta sino injuriosa, pues en ella se dice del emperador con una rudeza exagerada que no se tiene fé en sus promesas, y que éstas no se escucharán ni se les dará crédito hasta que, en cumplimiento de lo ofrecido, saque de México el primer destacamento en Noviembre.

Y aun no acababa Napoleón de pasar bajo las horcas caudinas de la política americana, que se vengaba de la impudencia con que aquel había apoyado la insurrección suriana. El gabinete de Wasnigton, como adelante veremos, había de persistir hasta alcanzar que salieran de México la tropas francesas.

Para comprender la importancia de los sucesos posteriores y valorarlos en su radical trascendencia, tenemos que contemplar, brevemente siquiera, la crisis que envolvía al efímero imperio mexicano amenazando convertirlo en un montón de ruinas.

La insurrección republicana no solo había recorrido los estados fronterizos después de haber destruido la división de Mejía, lo que trajo la capitula-

ción de Matamoros y la de Tampico, después de haber hecho rendirse á la contra guerrilla francesa, sino que se desbordaba por Michoacan, por Oaxaca, por Veracruz y por el Nordeste, destrozando á los imperialistas y á las columnas austro-belgas. Aun el Sur del Distrito Federal estaba invadido por las guerrillas republicanas y las tropas nacionales de Guerrero penetraban hasta Cuernavaca.

El gobierno de Maximiliano estaba impotente para contener aquella avalancha, porque su tesoro casi del todo exhausto, contando solo con las entradas de Veracruz y los mezquinos recursos de la capital y algunas poblaciones centrales, no podía cubrir su lista civil y su presupuesto militar.

En una nota dirigida por Bazaine, con fecha 6 de Octubre de 1866 á Lares, aseguraba el mariscal que en el mes de Enero anterior el efectivo del ejército imperialista no francés ascendía á 43,520 soldados, comprendiendo en este efectivo veintidos batallones de infantería, inclusos los cazadores, la legión austro-belga y los auxiliares y guardias estables de las poblaciones sometidas aun al imperio.

Pero esas tropas siempre eran derrotadas por los republicanos, y además estaban abandonadas, careciendo de sus haberes hacía mucho tiempo.

En estas condiciones recibió Maximiliano, por la vía de los Estados Unidos, la noticia de que había fracasado la misión de la princesa Carlota en Saint-Cloud.

Este golpe, más la crisis financiera y las continuas derrotas de sus tropas lo hicieron pensar en

su retirada del país, haciendo sus preparativos de marcha con absoluta reserva.

El 14 de Octubre escribió confidencialmente al mariscal, indicándole que estaba próxima á volver Carlota y, deseando él recibirla personalmente, pensaba salir de la Capital para Veracruz; por lo que lo invitaba á que viniese á México, con el fin de ponerse de acuerdo sobre algunos puntos importantes y asegurar la tranquilidad del país.

Bazaine, que iba rumbo á Perote á libertar la legión austriaca que, después de ser derrotada en la sierra de Tulancingo, estaba sitiada en Perote, tornó rápidamente á México.

En el camino recibió otra carta de Maximiliano, fechada el 19 de Octubre, en la que le rogaba se tendiesen tropas desde la Capital hasta el puerto, para escoltar á Carlota. Pretexto pueril, pues Maximiliano sabía que su esposa no podía estar de regreso aun, puesto que llevaba otra misión para el Vaticano y debía además detenerse en Bruselas con motivo de la sucesión de su padre el rey Leopoldo.

Pero el versátil Maximiliano no recibió al mariscal cuado éste se presentó en Palacio, aplazando para más tarde la conferencia pedida.

En esos momentos desembarcaba el general Castelneau en Veracruz, con la misión de hacer abdicar á Maximiliano, nueva que fué al punto sabida por todas partes. Maximiliano, que ya había remitido á Veracruz sus bagages y los de su comitiva con los objetos más ricos de su casa, apresuró

los preparativos de su marcha para no encontrarse con el enviado de Napoleón.

Un nuevo golpe vino á herirlo; en un despacho telegráfico, remitido de los Estados Unidos, se le anunciaba que Carlota había sufrido un acceso de demencia. No vaciló ya, resuelto á abdicar; y á las 2 de la mañana del 21 Octubre de 1866, salió de México rumbo á Veracruz, escoltado por los gendarmes húngaros y tres escuadrones de húsares.

Por supuesto que lo acompañaba su alma condenada, el clérigo Fischer, que no quería soltar su presa.

Caminando á jornadas muy cortas y alojándose solamente en los curatos ó en las casas de los clérigos, llegó por fin Maximiliano á Orizaba, retirándose después á la hacienda inmediata de Jalapilla, arrastrado por Fischer, que desde entonces lo mantuvo incomunicado de toda influencia que no fuera la suya.

El antiguo luterano, agente de los reaccionarios, queria impedir la abdicación, que importaba la ruina de la monarquía, el triunfo de los liberales y la muerte del clericalismo.

El destino no dejaba de perseguir á Maximiliano, que recibió en Jalapilla la noticia de haber sido enteramente destrozada, el 18 de Octubre, una columna austriaca de 1,500 hombres que iba en auxilio del imperialista Oronoz, sitiado en Oaxaca, y que fué completamente batida por el Gral. Porfirio Díaz en la Carbonera. Y cuando sentía el dolor de este desastre, vino á agravarlo la persistencia con que el ministro de Francia en México, M. Dano,

exigía el cumplimiento de la conversión del 30 de Julio, según la cual debía entregarse á los comisarios franceses la mitad de los productos diarios de la aduana de Veracruz.

Napoleón III, á la vez que preparaba la retirada de sus tropas, que sostenían á Maximiliano, quitaba á éste los únicos recursos que le quedaban para pagar las demás tropas.

Agoviado por tantas angustias, conociendo perfectamente que la misión de Castelneau consistía en hacerlo abdicar, y de no lograrlo, retirar violentamente y en un solo plazo todo el cuerpo expidicionario, vaciló Maximiliano entre arrojar su mentida corona, ó conservarla á todo riesgo, antes que volver á la Austria humillado por el escandaloso fiasco de su imperio mexicano.

Una carta de Eloin, su consejero belga, fechada en Bruselas, lo hizo afirmarse en la idea de permanecer en su puesto, porque en ella su autor fustigaba el amor propio de Maximiliano, indicándole cuánto rebajaría su dignidad doblegarse á la pérfida política de Napoleón, partiendo de México entre los equipajes del ejército francés.

Hasta la emperatriz madre escribía de Viena á su hijo favorito Maximiliano diciéndole que "*se "dejara enterrar bajo los muros de México antes que "dejarse apocar por la política francesa.*"

Bajo estas dos vigorosas sugestiones se encontraba anestesiado el ánimo del Archiduque, cuando otra más formidable, la influencia de Fischer, vino á resolver lo transitorio de aquella situación.

En la corte de las Tullerías, en el gabinete de Washington, en el ejército expedicionario, en el campo republicano, en todas partes en fin, se aguardaba con impaciencia la noticia de la abdicación, cuando con asombro universal apareció el 1º de Diciembre y fechado en Orizaba, un manifiesto de Maximiliano, dirigido á los mexicanos, en el que exponía que, opinando sus Consejos de Ministros y de Estado que exigía el bien de México su permanencia en el poder, había resuelto no abdicar ya, como había pensado hacerlo ante sus desgracias domésticas y circunstancias políticas de grave carácter.

Había triunfado la hábil intriga del clérigo Fischer que, envolviendo á Maximiliano en una atmosfera reaccionaria, y engañándolo con las falsas promesas, que le hacía el partido clerical, de ministrarle millones de pesos y millares de soldados, alcanzó que el iluso príncipe, convirtiéndose en jefe de banda, se lanzara á una guerra civil que lo llevaría á la cámara ardiente del convento de Capuchinas de Querétaro.

El 7 de Diciembre comunicó Castelneau á Napoleón III la resolución de no abdicar tomada por Maximiliano, noticia que exasperó al emperador, hostigado ya por las interminables comunicaciones del gobierno americano que le exigía comenzara ya la evacuación de México, según se había pactado.

Desde el 8 de Noviembre M. Bigelow había comunicado á M. Seward, que habiéndole informado el Ministro de Relaciones de Francia que el emperador había resuelto retirar sus tropas de México en la primavera de 1867, pero que antes no llamaría á ningún cuerpo, decidió ver al emperador para tener de él las explicaciones convenientes.

Narraba además M. Bigelow en la misma nota que había ido á Saint-Cloud, y participando á Napoleón la conferencia que tuvo con Moustier, aquel le dijo ser cierto que la vuelta de las tropas se aplazaba hasta la primavera, pero que al obrar así era movido únicamente por consideraciones militares; y en suma, que si Maximiliano abdicaba, Castelneau haría embarcar todo el ejército en la primavera; pero si Maximiliano resolvía sostenerse solo, la Francia no retiraría sus tropas antes de lo que había estipulado Drouyn de Lhuys.

Estas aparentes evasivas indignaron tanto al gobierno americano, que M. Seward, con fecha 23 de Noviembre, contestó la nota de M. Bigelow del día 8, en una extensa comunicación de la que solo tomaremos, por su gran interés, los párrafos siguientes:

"Señor:

"Se ha recibido el despacho de 8 de Noviem-
"bre, (número 384) relativo á México; vuestra con-
"ducta en la entrevista con M. Moustier, y en vues-
"tra entrevista con el emperador, ha sido completa-
"mente aprobada.

"Decid á M. Moustier que nuestro gobierno se
"ha admirado y aflijido al saber, por lo que por pri-
"mera vez se le ha anunciado, sin embargo, que el
"embarque prometido de una parte de las tropas

"francesas que debía efectuarse en México en este "mes de Noviembre, ha sido diferido por el empera- "dor. El embarazo que resulta ha crecido considera- "blemente con la circunstancia *de que esta resolu- "ción del emperador se ha tomado sin ser consultada "con los Estados Unidos, y aún sin haberles dado aviso.*

....

"Yo no estoy en el caso de decir, y aun por "ahora sería inútil entablar esa cuestión, si el Pre- "sidente hubiera podido ó no dar su aquiescencia "al retardo proyectado por el emperador en el caso "de que se le hubiera consultado oportunamente, "si esta proposición se hubiera apoyado, como se "apoya hoy en consideraciones puramente militares, "y *si hubiera sido caracterizada por las manifesta- "ciones comunes de deferencia hácia los intereses y sen- "timientos de los Estados Unidos.*

"Pero la decisión tomada por el emperador de "modificar el arreglo actual *sin la prévia aquiescen- "cia de los Estados Unidos*, dejando por hoy el ejér- "cito francés entero en México, en lugar de retirar "un destacamento en Noviembre, como se había "prometido, es de sentirse bajo todos aspectos.

"*No podemos conformarnos con ello:* primero, "porque el plazo de *la próxima primavera,* que se "fija para la completa evacuación *es indefinido y "vago*: segundo, porque nada nos autoriza para de- "clarar al Congreso y al pueblo americano que hoy "tengamos una garantía para la retirada en la prima- "vera de todo el cuerpo expedicionario, mejor que la "que hemos tenido hasta hoy para la retirada de

"una parte en Noviembre: tercero, porque contando "enteramente con la ejecución literal del acuerdo to- "mado entonces por el emperador, hemos dictado "medidas, en vista de la evacuación por las tropas "francesas, para concurrir con el gobierno republi- "cano de México á la pacificación de ese país, como "también al pronto y completo restablecimiento de "la verdadera autoridad constitucional de su go- "bierno.

"Como una de estas medidas, M. Campbell, nues- "tro ministro recientemente nombrado, en compa- "ñía del teniente general Sherman, ha sido enviado "á México á fin de conferenciar con el Presidente "Juarez sobre las cuestiones que interesan en alto "grado á los Estados Unidos y son de una vital im- "portancia para México.

"El emperador verá que ahora no podemos lla- "mar á M. Campbell, ni modificar las instrucciones "según las cuales puede tratar, y habrá tratado ya "con el gobierno republicano de México: este gobier- "no, sin duda, desea vivamente y espera con confian- "za *que termine pronto y definitivamente una ocupa- "ción extranjera.*

"*Direis, pues, al gobierno del emperador que "el Presidente desea y espera sinceramente que la "evacuación de México se cumpla conforme al arreglo "actual,* tanto cuanto lo permita la dilación inopor- "tuna de este despacho.

"Sobre este punto M. Campbell recibirá sus ins- "trucciones. ☞ *Tambien se enviarán instrucciones "á las fuerzas militares de los Estados Unidos puestas*

"*en observación y que aguardan órdenes del Presiden-*
"*te.* Esto se hará en la confianza de que el te-
"légrafo ó el correo nos traerán una resolución sa-
"tisfactoria del emperador en respuesta á esta nota.

.....

W. H. Seward."

La fulminante amenaza que llevaba este documento azoró á Napoleón, aunque el *Moniteur*, en su boletín del 24 de Diciembre afirmaba que el gobierno nunca había tenido conocimiento de tal nota. Pero el hecho es que el cable trasmitió la siguiente orden:

"*El Emperador á Castelneau.*

"Compiégne, 13 de Diciembre de 1866.

"Embarcad la legión extranjera y á todos los
"franceses soldados ó paisanos que quieran hacerlo,
"y á las legiones austriaca y belga si lo piden."

El emperador francés, subyugado á la política americana, despechado por la no abdicación de Maximiliano, é impaciente por salir del atolladero de la cuestión mexicana, rompió sin pudor los compromisos que contrajo por el tratado de Miramar y por la convención del 30 de Julio, que lo obligaban á dejar en México la legión extranjera seis años después de que se hubieran retirado las tropas francesas.

Pero urgía á Napoleón III salir de aquella situación tanto más grave cuanto que *los cien mil hombres del ejército americano situados cerca de la fron-*

tera de México, esperaban órdenes del Presidente Johnson.

Prueba de ello es un nuevo cablegrama dirigido al enviado de Napoleón:

"París, 1º de Enero de 1867.

"*El Emperador á Castelneau.*

"Recibí despacho del 7 de Diciembre. No obli-
"gueis al emperador (Maximiliano) á que abdique;
"pero no retardeis la salida de las tropas. Embar-
"cad á todos los que no quieran quedarse."

La intervención francesa había concluido de hecho: Castelneau, cuya misión fracasó, partió para Francia, y Bazaine, cumpliendo con las órdenes de su soberano, apresuró la salida de las tropas expedicionarias.

Al terminar el mes de Enero el ejército francés en plena retirada, se tendía por todo el camino de México á Veracruz, y los cuerpos austriacos y belgas, escoltados por los franceses, se embarcaron primero, según lo había solicitado Maximiliano.

Todavía permaneció Bazaine con la reserva algún tiempo en la capital, aguardando escoltar á Maximiliano; pues esperaba que éste abdicara al comprender que el partido clerical era incapaz de dominar la insurrección contra la monarquía, cuando el ejército francés no pudo sofocarla.

El príncipe austriaco se fió en las ofertas del

clero y en las de los dos célebres jefes del clericalismo, Marquez y Miramón, que después de haber sido alejados del país, se presentaron súbitamente en Orizaba ofreciendo sus espadas y triunfos brillantes sobre los liberales.

Sin embargo, Miramón fué completamente derrotado en San Jacinto, en los primeros días de Febrero. Ese desastre no desanimó á Maximiliano, que en su optimismo esperaba con fatales elementos consolidar su trono.

Por fin, el 5 de Febrero de 1867, décimo aniversario de la promulgación de la Constitución de 57, se arrió la bandera francesa que la intervención había enarbolado en el cuartel general de Buenavista. Al día siguiente, marchó Bazaine con la reserva rumbo á Veracruz.

El mariscal se retiraba lentamente aguardando siempre que Maximiliano al sentirse impotente partiera con él; el 11 y el 12 se detuvo en Puebla, y el 14 fué cuando, al saber la derrota de Miramón, escribió desde su campamento á M. Dano, indicándole insistiera cerca de Maximiliano para que partiese á Europa; mas también esa tentativa fué inutil.

Casi todo el resto de Febrero permaneció Bazaine en Orizaba, hasta el 2 de Marzo que llegó á Veracruz, cuando no quedaba ya un solo soldado francés en tierra mexicana.

El pensamiento más grandioso de Napoleón III, como decían sus aduladores, se había desvanecido al soplo tormentoso de la política yankee que tan orgullosamente ha proclamado que América sólo es de los americanos.

¡Rara empresa la de Napoleón, de salvar la raza latina en el nuevo continente! Esta obra aparatosa la concebía el emperador, hijo bastardo de un holandés, del almirante Verhuel nada latino, y la confiaba á un germano, de la familia de los Hapsburgos. Y la raza latina (si es que somos latinos) se salvó de la intervención europea por sus propios esfuerzos y por el formidable empuje de la política americana.

Esta verdad la demuestran de una manera irrefutable los documentos que hemos publicado, pues por ellos se vé:

Que Napoleón resolvió intervenir en los asuntos de México, como lo pedían la emperatriz Eugenia y los emigrados mexicanos, cuando creyó disuelta la Unión americana y vencedores los del Sur, cuya causa había favorecido:

Que, á pesar de la tremenda guerra civil que asolaba á los Estados Unidos, el Congreso de la Unión y el gobierno de Washington protestaron contra la presencia del ejército francés en México y contra la fundación en este país de un imperio, y esto á raíz de la aceptación de Maximiliano:

Que apenas obtuvo la Unión sus primeros triunfos sobre los surianos, intimó á Napoleón que desocupara á México, por reclamarlo así el pueblo de los Estados Unidos:

Que Napoleón, á pesar de que su ejército había

ocupado casi todo el territorio mexicano, temeroso de empeñar á sus tropas en una guerra con el formidable ejército americano y hundir á la Francia en una campaña muy seria, lejana y peligrosa, resolvió abandonar á Maximiliano y ofreció retirar de México sus soldados en diez y ocho meses:

Que el gobierno americano, conocedor de la perfidia de Napoleón III, humilló á éste espiando uno por uno de sus actos, y exigiéndole sin cesar evacuara á México en los términos convenidos:

Que el gobierno de la Unión, inquebrantable en sus propósitos, interrogó al gobierno francés sobre el resultado de la misión de Carlota, y lo conminó para que desaprobara la entrada al gabinete de Maximiliano de Osmont y Friant:

Y, por último, que cuando la deslealtad de la política imperial provocó desavenencias entre Maximiliano y Napoleón, que hicieron que éste anticipara la salida de su ejército, los Estados Unidos precipitaron la evacuación definitiva, amenazando al emperador francés con los cien mil soldados americanos que acampaban cerca de la frontera mexicana. Entonces Napoleón sacó su ejército de una sola vez, antes de la primavera de 1867.

Esta es la verdad histórica, que en nada mengua los gigantescos esfuerzos del patriotismo mexicano al combatir sin descanso al ejército invasor, reputado en Europa como invencible, tan disciplinado, y con tanta superioridad sobre los nuestros en armamento y recursos de todo género.

Quizá el amor propio nacional se sorprende é

irrita al descubrir en las notas diplomáticas que hemos coleccionado que no sólo al empuje de las bayonetas mexicanas se retiraron los franceses, sino que desocuparon á México por no comprometer á la Francia en una guerra desigual con los Estados Unidos; pero ante la evidencia el honor exige tributar un homenaje á quien lo merece y la justicia dar á cada uno lo que es suyo.

México no necesita glorias mentidas: con las muchas que abrillantan su historia le basta, sobre todo con las que conquistó durante la intervención francesa y después de ella para derrocar al llamado imperio.

III.

Un fenómeno asáz curioso se presentó durante el período álgido de la guerra de la segunda independencia, y fué que ni el gobierno constitucional de México ni los mexicanos conocían la actitud asumida por los Estados Unidos frente á la Francia imperial,

Los hombres de Estado que permanecieron al lado del Sr. Juarez, con su alta inteligencia preveían, adivinaban casi que el gobierno de Washington, mientras estaba ocupado en dominar la sublevación del Sur, toleraba con cautela la hostilidad de Napoleón III contra la Unión y se limitaba á protestar contra la fundación de un imperio en México;